

**PREMIO DE ECONOMÍA
REY JUAN CARLOS
INSTITUIDO POR LA FUNDACIÓN
JOSÉ CELMA PRIETO**

2008

**Discurso pronunciado
por D. Joaquim Muns Albuixech
en el acto de entrega**

BANCO DE ESPAÑA



«UN ECONOMISTA ESPAÑOL EN LA ARENA INTERNACIONAL»
DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO REY JUAN CARLOS DE ECONOMÍA

Joaquim Muns Albuixech

*A todos los que han luchado
y luchan por un mundo mejor
en la arena internacional*

«Un economista español en la arena internacional»

Discurso de aceptación del Premio Rey Juan Carlos de Economía

Majestad, señoras y señores

Es para mí un grandísimo honor haber recibido de vuestras manos el premio que lleva vuestro nombre. Muchas gracias. Quiero, asimismo, agradecer al señor José Celma Prieto su generosidad, que a través de la fundación que lleva su nombre permite dar vida a este galardón. Mi agradecimiento, también, a los miembros del jurado por haberme considerado merecedor de recibir el premio que lleva el nombre de Vuestra Majestad, y al Banco de España por su alto patrocinio intelectual y técnico del mismo. Finalmente, pero no menos importante, quiero dar las gracias a todas las personas a las que debo mucho: mi familia, mis maestros y las personas a cuyas órdenes he trabajado, mis excelentes colaboradores a lo largo de los años, mis amigos y tantas otras personas cuya ayuda es justo que mencione en un momento tan importante como este.

De acuerdo con el texto del veredicto, el jurado ha considerado relevante para concederme el premio, además de otros aspectos, mi dilatada labor en el campo internacional. Por esto creo oportuno en este discurso de aceptación realizar, en su primera parte, un recorrido por mi carrera profesional en lo que en el título llamo la arena internacional con un doble eje vertebrador: por una parte, la aparición y desarrollo de mi vocación internacionalista y, por otra, los problemas de la economía internacional que han marcado y dado continuidad a mi carrera profesional. En la segunda parte del discurso, ofreceré unas reflexiones sobre dos temas: el sistema financiero internacional; y el futuro de los organismos internacionales, especialmente del Fondo Monetario Internacional (Fondo), en el mundo globalizado del siglo XXI. Son dos aspectos de la realidad económica internacional sobre los que he trabajado de forma recurrente y que, además, presentan el máximo interés en el momento actual.

Primera parte

La vocación internacionalista en la etapa formativa

En la España de los años cuarenta del siglo pasado era muy difícil tener una vocación internacionalista por influencia del medio ambiente político o cultural. En mi caso concreto, tuve la suerte de empezar a escuchar de mi familia que más allá de los Pirineos había «otro mundo». Mi padre, que era un ferviente aliadófilo, encendía en mí el interés por este otro mundo. Llevados por esta ideología y no sin un notable esfuerzo económico por su parte, mis padres escogieron el Liceo Francés de Barcelona para que estudiara el bachillerato. Bajo la égida cultural y diplomática francesa, la escuela acogía, además de la colonia extranjera habitual en Cataluña, a numerosos exiliados y desplazados por la Segunda Guerra Mundial. Es en este islote casi extraterritorial¹ en el que me sumergí por primera vez en un ambiente verdaderamente internacional, el mismo que iba a constituir el caldo de cultivo permanente de mi carrera profesional. Comprendí, en definitiva, que debía haber efectivamente otro mundo más allá de los Pirineos.

En 1953 empecé la carrera de Derecho pensando, como todo el mundo en aquella época, que era el mejor camino para preparar la carrera diplomática. La casualidad hizo que al año siguiente empezara a funcionar la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona. Su programa de estudios me atrajo lo suficiente para que decidiera seguir estas nuevas enseñanzas. Gradualmente, me fui inclinando cada vez más por la economía, y el Derecho, cuyos estudios también terminé, quedó en segundo plano. Dentro de la carrera de Ciencias Económicas, me sentí especialmente atraído por la economía internacional y, de una manera particular, por la materia Organización Económica Internacional, que estaba en quinto curso de la licenciatura de aquella época y en la que se estudiaban el funcionamiento y el papel de los organismos económicos internacionales en el sistema económico global de la posguerra. Vi en ellos mi posible orientación profesional futura y la carrera diplomática quedó en un segundo plano. Pero era consciente de que para acceder a uno de esos organismos necesitaba mejorar mi preparación como economista.

En la década de los cincuenta no era fácil ampliar estudios en el extranjero ni, por tanto, frecuente. Pero me pareció una opción necesaria. Mi objetivo era la London School of Economics, que pasaba por ser la mejor escuela de economía de Europa y, además, parecía bastante accesible de acuerdo con la información que recibí en una visita que hice a la Escuela el verano antes de acabar la carrera. También el profesor Estapé me alentó a que siguiera este camino y me ofreció su apoyo y consejo. Así que me armé de valor y decidí escribir una carta al profesor Karl Popper exponiéndole mis proyectos y pidiéndole su aval para ser admitido por la Escuela. No le conocía personalmente, pero fue la obra *La sociedad abierta y sus enemigos*², que había leído y que me había impresionado mucho, la que me llevó hasta él. El profesor Popper me contestó afirmativamente en una carta manuscrita que conservo como una reliquia. Mi suerte no acabó ahí, ya que al mismo tiempo se ofreció como supervisor y le pidió al profesor Robbins que me hiciera de tutor para las materias económicas. Las dos personalidades más prestigiosas de la Escuela como cotutores míos era algo que no podía ni haber soñado.

Los dos cursos que pasé en la London, como llamábamos coloquialmente a la Escuela, fueron muy provechosos, sobre todo porque allí me enseñaron a forjar las actitudes y enfoques res-

1. Dravet, André. *La curieuse histoire du Lycée Français de Barcelone* (Barcelona, General Gràfic, 1984). Compilación de documentos de la escuela del período 1942-1963 a cargo del que fue su director durante estos años y en la que se reflejan las dificultades de una institución liberal y multicultural en el ambiente político hostil de la posguerra española. 2. Popper, Karl R. *The Open Society and its Enemies* (Londres, Routledge, 1957).

pecto a la ciencia y a la sociedad, que en definitiva son las que potencian y dan sentido a la propia personalidad. Del profesor Popper, sin duda una de las mentes más potentes y preclaras del siglo XX, recibí el legado de la necesidad de tener, por sistema, un enfoque racional y crítico de la ciencia y también de la vida, incluida la propia. Se lamentaba a menudo, en las conversaciones con él, de que veía a los economistas más preocupados en ir cimentando y refinando las teorías económicas que interesados en refutarlas, y consideraba que este era un lastre para el progreso de la economía. Pensaba, además, que los economistas explotamos las relaciones causales entre variables sin ahondar lo suficiente en las teorías que las sustentan. Como reiteraba Popper una y otra vez, la ciencia no avanza confirmando nuevas o viejas leyes, sino refutando las que contradicen la experiencia³. Creo que es una receta metodológica que los economistas haríamos bien en observar para revitalizar y actualizar nuestros conocimientos.

No menos singular y respetada era la personalidad del profesor Robbins, director del departamento de economía de la Escuela y uno de sus activos más preciados. De él aprendí, entre otras, dos ideas básicas: que la economía debe aspirar siempre a ser política económica, como está claramente implícito en su famosa definición de la economía⁴; y que el economista debe estudiar preferentemente la realidad tal como es y no la realidad tal como cree que debería ser⁵. La primera idea es un claro estímulo para la acción y la segunda, una vacuna para que esta no desemboque en la utopía. Dos mensajes que me llegaron en un momento vital de mi formación y que siempre procuré seguir. En definitiva, Londres me formó y recibí el mensaje inequívoco de que un buen científico ha de tener una actitud humilde y de desapego respecto a sus convicciones científicas, porque, como decía Popper, todas son provisionales a la espera de la refutación que las mejore. Además de lo mucho que debo a la London School of Economics, es interesante reseñar que otra gran institución británica, la BBC, me ofreciera un puesto de colaborador externo. Allí aprendí el arte de la comunicación, que tan útil me iba a ser como docente y divulgador.

El primer periplo por los organismos internacionales y la opción académica

Mi estancia en la London School of Economics coincidió con la fase álgida de las negociaciones para la creación de la Asociación Europea de Libre Cambio (EFTA), que, bajo el liderazgo del Reino Unido, se presentaba como una alternativa a la CEE. La Escuela hervía con el tema. En las clases de Instituciones Internacionales del profesor Goodwin y en numerosos foros de la Escuela había encendidos debates entre los defensores de la CEE y los de la EFTA. Este ambiente me reafirmó en mi interés por los organismos internacionales. Al mismo tiempo, pude comprobar el elevado rango docente que se atribuía a la enseñanza de estos en la Escuela. Todo ello me hizo llegar a la conclusión de que alguna estancia en organismos económicos internacionales combinada con la docencia de la materia Organización Económica Internacional, que tanto me había interesado durante la carrera, podía ser mi opción de futuro más atractiva a la luz de lo que había vivido en Londres. ¿Pero era ello realista? Me pareció que la persona idónea para darme una respuesta era el profesor Sardá. Le conocía y sabía que tenía experiencia directa de los organismos económicos internacionales. Después de explicarle mis aspiraciones, me alentó a intentar conocer alguno de estos organismos desde dentro y se brindó a ayudarme para ello. Al mismo tiempo, me corroboró que combinar esta opción con la docencia, como yo proyectaba, era una buena idea. Estos consejos del profesor Sardá fueron no solo acertados, sino también fundamentales para enfocar definitivamente mi carrera a partir de aquel momento.

3. Popper, Karl R. *The Logic of Scientific Discovery* (Londres, Hutchinson, 1959) y *Unended Quest. An Intellectual Autobiography* (Glasgow, Collins, 1977). 4. «La economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre unos fines dados y unos medios que tienen usos alternativos». Robbins, Lionel. *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science* (Londres, Macmillan, 1935). 5. Lo cual no significa que el economista no deba actuar para incidir en ella y cambiarla. La propia vida del profesor Robbins está llena de actuaciones notables en este sentido. Robbins, Lionel. *Autobiography of an Economist* (Londres, Macmillan, 1971).

Fue el propio Juan Sardá quien, al cabo de pocos meses, en 1962, me ofreció la posibilidad de ir a trabajar a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en París, en el puesto que iba a dejar vacante Mariano Rubio. La acepté y fue una experiencia interesante para conocer por dentro una organización de las que técnicamente llamamos consultivas, es decir, basadas en el estudio, la exhortación y el acuerdo negociado entre las partes. Me ocupé de España y Portugal y preparé notas para los informes de la OCDE de 1963 sobre estos dos países. Trabajé a las órdenes de Cornelius Castoriadis, un excelente técnico que había tenido un papel importante en el Plan de Estabilización español de 1959. La OCDE era y sigue siendo una gran «factoría» de producir informes y estudios, en general de buena calidad y siempre interesantes. Allí aprendí por primera vez la técnica de redactar informes económicos sobre países, que perfeccionaría posteriormente en el Fondo.

En 1965 recibí una oferta del Fondo Monetario Internacional para incorporarme al *staff* como economista. La acepté y estuve tres años y medio en Washington trabajando con varios países latinoamericanos. Era una labor muy activa, con frecuentes viajes a esos países. Además de contribuir a preparar los informes económicos de varios de ellos, participé también en misiones de estudios y asesoramiento. En 1966, el Fondo me nombró residente en Ecuador, donde permanecí por espacio de medio año. En este tiempo aprendí mucho, incluyendo actividades tan atípicas para un economista como preparar mensajes cifrados o vivir muy de cerca un golpe de Estado.

En 1968 se puso en marcha el proyecto de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Barcelona. Creí que era el momento de volver a España para activar la carrera académica. Por otra parte, el proyecto de una universidad de tipo anglosajón, como la que me pareció que se quería crear, me atraía. Me incorporé al proyecto y me puse a escribir la tesis doctoral sobre la crítica a la política de industrialización sustitutiva de importaciones, especialmente de América Latina⁶, cuyo fracaso había podido constatar sobre el terreno. Nunca estuve de acuerdo con la ideología del desarrollo forzado a través de la industrialización preconizada por Prebisch⁷. Es una etapa superada del pensamiento económico, pero en los años sesenta había calado profundamente en la política económica latinoamericana.

Para el curso 1972-73 recibí una invitación de la Universidad de Barcelona para hacerme cargo como catedrático contratado de la materia Organización Económica Internacional con la clara posibilidad de que se convocara la cátedra a finales de curso. Me costó dejar el proyecto de la Autónoma, pero ya estaba claro que en su plan de estudios no figuraría esta materia, como así fue. Ante la nueva encrucijada, acudí al profesor Manuel Varela, de la Universidad Complutense de Madrid, que era a la sazón el único catedrático de Organización Económica Internacional de España. Me aconsejó que siguiera el camino propuesto por la Universidad de Barcelona y me ofreció toda su colaboración. Tal como se había previsto, la cátedra se convocó en mayo de 1973. Con su obtención, mi destino académico quedó definitivamente vinculado a la Universidad de Barcelona, en la que había comenzado mi carrera docente en 1958 como profesor de clases prácticas en la cátedra del profesor Sureda, quien siempre me animó a seguir el camino universitario. Dedicué los cuatro cursos siguientes a organizar las enseñanzas de esta materia en base a tres pilares: un programa puesto al día y nutrido por mi experiencia en los organismos internacionales, un buen equipo de colaboradores y una biblioteca especializada en organismos económicos internacionales. Este proyecto pronto se convirtió en un foco de estímulo para los estudiosos de esta materia y un aliciente para impulsar, a

6. Muns, Joaquín. *Análisis crítico de la industrialización sustitutiva de importaciones según la experiencia histórica posterior a 1930*. Tesis doctoral (Barcelona, diciembre 1970). 7. Prebisch, Raúl. *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina* (México, FCE, 1970).

***España en el Directorio
Ejecutivo del Fondo
Monetario Internacional
y del Banco Mundial***

través de reuniones periódicas de profesores vinculados a ella, el interés por la enseñanza de la Organización Económica Internacional, que en la década de los setenta y ochenta iba a ver afianzada su presencia en la universidad española. Los consejos y la ayuda del profesor Varela fueron en esta nueva etapa fundamentales para mi carrera, y lo han sido también para todos los que nos hemos dedicado al estudio de las organizaciones económicas internacionales en España.

España entró en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial en 1958. Puesto que las circunscripciones del Directorio Ejecutivo ya estaban formadas, tuvimos que ubicarnos en una ya existente, que por proximidad fue la que lideraba Italia y en la que también estaba Grecia. En 1978 y a invitación de México, se le presentó a España la oportunidad de formar, tanto en el Directorio Ejecutivo del Fondo como en el del Banco Mundial, un nuevo grupo con aquel país, Venezuela y los países centroamericanos, que tenía un poder de voto mayor que el de Italia. El proyecto cristalizó y en el acuerdo al que se llegó España pudo cubrir por primera vez el puesto de director ejecutivo del Fondo en el bienio 1978-80, en el que se iniciaba el sistema de rotación adoptado por los países del nuevo grupo. Tuve el honor de que el Gobierno del Presidente Suárez me ofreciera este cargo. Sabía que transitar por primera vez por esta alta responsabilidad era un enorme reto, pero no vacilé en aceptarlo. Después del primer bienio como director ejecutivo del Fondo, el Gobierno me ofreció seguir en el siguiente, 1980-82, como director ejecutivo del Banco Mundial, puesto que debía pasar a ocupar España de acuerdo con el sistema rotatorio establecido en el seno del nuevo grupo. Aunque conocía el Banco Mundial mucho menos que el Fondo, acepté la invitación y así pude completar el ciclo de una experiencia al más alto nivel en las dos instituciones de Bretton Woods.

Es imposible resumir en el espacio de una presentación que ha de ser necesariamente corta el enorme caudal de experiencias que trajeron consigo estos cuatro años en Washington. He tenido la oportunidad de reflejarlas en varias publicaciones, pero no me resisto, sin embargo, a reseñar la actuación que considero más importante en este período en mi calidad de director ejecutivo. En 1981, el Gobierno chino pidió la visita de un grupo de directores ejecutivos de la institución, a fin de examinar los graves problemas económicos del país. El Banco me encargó organizar y coordinar esta misión, en la que, además del coordinador, figuraban los directores ejecutivos de Canadá, Holanda, Suecia y Túnez. La visita a China se efectuó en octubre de 1981 y duró casi un mes. Encontramos un país postrado en el atraso y la supervivencia, sobre todo en el campo. El mensaje de las autoridades chinas con las que nos entrevistamos, que daban la impresión de presentir algo como lo que ocho años más tarde tenía que ocurrir en Tiananmen, fue, casi literalmente, que no les quedaba nada por repartir y que en años de mala cosecha morían muchas personas. El discurso de los chinos, de una franqueza sobrecogedora, terminó con un mensaje que podría resumirse así: hemos llegado a la conclusión de que el país necesita crear más riqueza y pedimos al Banco Mundial que nos ayude a hacerlo.

Las recomendaciones que formulamos los directores ejecutivos en el informe del viaje⁸ fueron la base de una serie de proyectos para China que puso en marcha el Banco Mundial y que constituyeron el impulso inicial de su actual crecimiento. Cuando, ya pasados 25 años de aquel viaje, he vuelto recientemente a China y he podido ver sobre el terreno la enorme transformación que allí tiene lugar, he sentido la gran satisfacción —y espero que no lo consideren una inmodestia— de haber puesto, como director ejecutivo del Banco Mundial por España, un granito de arena en esa obra colosal que, aun con todas sus limitaciones, es el desarrollo actual de China. Y por este camino, lo que había comenzado como una irrefrenable vocación

8. Banco Mundial, documento SecM81-1032, de 30 de diciembre de 1981.

**El Banco de España,
el Parlamento Europeo
y el Vaticano**

internacionalista en mi carrera había adquirido en esta misión a China una nueva dimensión creadora, en la línea de la política económica como culminación de la economía que reclamaba el profesor Robbins.

Al regresar a España en 1982, el Banco de España me propuso escribir, a partir de mis experiencias en el Fondo y con los documentos acumulados a lo largo de esos años, un libro sobre los primeros 25 años de las relaciones de España con el Fondo Monetario Internacional. La obra se publicó en 1986 con el título *Las relaciones entre España y el Fondo Monetario Internacional. Veinticinco años de economía española*⁹. Este estudio iba a inaugurar un período muy activo de colaboración con el Banco de España. Así, en 1994 tuve el honor de ser nombrado consejero del primer Consejo de Gobierno del nuevo Banco de España autónomo, puesto que ocupé por espacio de diez años, hasta 2004. Finalmente, este año he terminado, también en estrecha colaboración con el Banco de España, la recopilación de los principales documentos de las relaciones entre España y el Fondo Monetario Internacional del período 1958-2007, es decir, de los 50 años durante los cuales nuestro país ha sido miembro de la institución¹⁰. Esta intensa colaboración con el Banco de España, que ha sido otro de los puntales básicos de mi carrera, ha permitido llevar la información y los estudios de las relaciones entre España y el Fondo a un nivel destacado de detalle y profundidad que beneficiará sin duda a los estudiosos de la economía española que quieran ahondar en su evolución y en la influencia que sobre ella ha tenido el Fondo Monetario Internacional.

Voy a terminar esta primera parte de mi discurso con dos notas breves. La primera se refiere a la interesante experiencia de diputado en el Parlamento Europeo en el bienio 1987-89. El President Pujol me invitó a presentarme como independiente en las listas de CiU en las elecciones de 1987, que eran las primeras al Parlamento Europeo que se celebraban en España después de la entrada del país en las Comunidades Europeas. Era una excelente oportunidad para conocer la integración europea desde dentro y nutrir con esta experiencia las enseñanzas de esta materia, de la que fui responsable en la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona, especialmente a partir del curso 1991-92, en el que las Comunidades Europeas me concedieron el título de catedrático Jean Monnet de Integración Europea.

El último episodio de mi presencia en la arena internacional fue para mí tan sorprendente como inesperado. En 1988, el Cardenal Jubany, a la sazón al frente de la diócesis de Barcelona, me llamó para informarme de que el Papa Juan Pablo II tenía la intención de crear un consejo de asesores económicos compuesto por tres técnicos y que, si yo estaba de acuerdo, me propondría para el cargo. Me sentí muy honrado por la invitación y la acepté. Pasé seis años formando parte, junto con dos colegas, un alemán y un norteamericano, del *Consiglio dei Revisori*, que así se llama este primer consejo asesor de la Santa Sede¹¹. Fue en el ejercicio de esta responsabilidad cuando conocí a las dos personas que más me han impresionado: el Papa Juan Pablo II y la Madre Teresa de Calcuta. Si el profesor Popper me había enseñado el valor de la razón, ellos me mostraron la fuerza del espíritu y de la entrega a los demás. Era el mensaje más esperanzador que podía recibir al término de mi viaje por la arena internacional.

9. Madrid. Alianza Editorial, título y año indicados. 10. Muns, Joaquim (compilador). *Documentos de las relaciones entre España y el Fondo Monetario Internacional, 1958-2007*, 16 tomos (Barcelona y Madrid, 2008). 11. Secretaría de Estado del Vaticano. *Anuario Pontificio, 1989 a 1994* (Roma, Libreria Editrice Vaticana).

Segunda parte

El sistema financiero internacional

En la segunda parte del discurso quiero reflexionar brevemente sobre dos temas importantes que han ocupado un lugar relevante en mis investigaciones y en mi actividad profesional. El primero es el sistema financiero internacional, cuya crisis está creando una de las situaciones más complicadas que ha vivido la economía global desde la Gran Depresión de los años treinta.

Los que hemos sido educados en el sistema de Bretton Woods, tal como fue concebido y funcionó después de la Segunda Guerra Mundial, no podemos analizar lo que pasa hoy sin una referencia a los «pecados originales» de ese sistema. El primero de ellos se refiere a la falta de un esquema claro de cómo se iba a crear la liquidez internacional, es decir, los medios de pago internacionales, en el nuevo sistema. Descartado el esquema propuesto por Keynes, según el cual aquella sería generada por el Fondo Monetario Internacional actuando como un banco central, triunfó la propuesta americana de que el Fondo funcionara como un sistema cerrado, de modo que la liquidez internacional, exceptuados el oro y las llamadas posiciones de reserva en el Fondo, debía provenir de los países de divisa fuerte a través del déficit de su balanza de pagos. En otras palabras, el mundo se veía obligado a generar su liquidez por la vía de los desequilibrios de las balanzas de pagos, una anomalía que ya puso de relieve Triffin en los años cincuenta al denunciar que el sistema, al basarse casi exclusivamente en aquella época en el déficit de la balanza de pagos norteamericana, iba inexorablemente a debilitar el dólar de forma permanente y, por lo tanto, la calidad de la propia liquidez internacional que este generaba¹². Este es un «pecado original» cuyos efectos seguimos viendo hoy: los grandes desequilibrios de pagos globales alimentan incesantemente la liquidez internacional y debilitan aquellas monedas de los países que los tienen, especialmente el dólar de los Estados Unidos. Sin estos desequilibrios, el problema sería el de escasez de liquidez internacional. Es decir, el sistema se debate entre dos extremos igualmente perniciosos y le es muy difícil encontrar un punto medio, como se ha demostrado a lo largo del tiempo¹³.

El segundo «pecado original» es haber establecido un sistema que solo contemplaba la gestión de la liquidez internacional por parte de los Estados y mantenía una jurisdicción ambigua del Fondo sobre los movimientos de capitales. A partir de los años sesenta, flujos crecientes de liquidez internacional han ido escapando al control de las autoridades monetarias. Nada había en el sistema de Bretton Woods para supervisar esta liquidez internacional no controlada oficialmente. Su incremento exponencial pronto llevó a esta masa de liquidez a superar las necesidades de la economía real y a tener que buscar fuera de esta sus fuentes de rendimiento. Creo que no es exagerado afirmar que la historia de la economía financiera internacional del último medio siglo está marcada por las peripecias de la liquidez internacional crecientemente incontrolada en busca de rendimiento.

He tenido la oportunidad de vivir desde dentro los dos intentos institucionales más importantes que se han hecho para engañar al genio, es decir, la liquidez internacional, y volverlo a la botella como en el conocido cuento, o sea, bajo control oficial. Ambos los protagonizó el Fondo Monetario Internacional. El primero tuvo lugar en la segunda mitad de los años sesenta a través de la creación de los llamados derechos especiales de giro (DEG). Se pusieron muchas esperanzas en que estos pudieran abrir una nueva línea de liquidez que sirviera, tam-

12. Triffin, Robert. *Gold and the Dollar Crisis* (New Haven, Yale University Press, 1960). 13. Muns, Joaquín. *Crisis y reforma del sistema monetario internacional* (Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1978).

bién, para favorecer proporcionalmente más a los países en vías de desarrollo. Hubo un gran desengaño al ver que, en realidad, se creaba una línea muy limitada y condicionada de liquidez complementaria, que además se halla actualmente bloqueada y apenas supera el 5% de las reservas oficiales de divisas¹⁴. El segundo intento se desarrolló en 1979-1980 y lo viví activamente en calidad de director ejecutivo del Fondo. El proyecto consistía esta vez en crear, en el seno de la institución, una llamada *cuenta de sustitución* a la que los países aportarían voluntariamente sus excedentes de dólares (*overhang of dollars*) a cambio de derechos sobre la cuenta y una remuneración garantizada. En lugar de crear una línea adicional de liquidez, de lo que se trataba en esta ocasión era de canalizar el exceso de esta en dólares en poder de los Estados a una cuenta del Fondo y evitar, así, que engrosara los *stocks* de liquidez internacional del mercado y debilitara al dólar. A pesar de los esfuerzos que se le dedicaron, este proyecto no progresó¹⁵. A partir de aquel momento, el Fondo evolucionó hacia una aceptación acrítica de la libertad total de los movimientos de capitales, así como hacia un apoyo entusiasta del creciente dinamismo y amplitud de los mercados financieros internacionales.

A partir de aquí, la historia es bien conocida. Los mercados financieros internacionales han adquirido una dimensión espectacular, ayudados por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, la desregulación, la creciente globalización de los mercados, un sistema regulatorio fragmentado y descoordinado, y una tendencia irrefrenable al exceso y a la infravaloración del riesgo. El resultado sin duda menos deseado de todo ello han sido las crisis financieras internacionales que se han ido sucediendo hasta llegar a la actual.

Si algo ha enseñado la experiencia del último medio siglo de funcionamiento de las actuales reglas de la economía internacional es que los problemas globales requieren soluciones también globales. La gravedad de la situación ha llevado a los gobiernos a tomar medidas de gran calado a nivel nacional y a proponer la necesidad de una reforma en profundidad del sistema financiero internacional. Creo que es preciso progresar en esta línea para llegar a una concertación al máximo nivel político y técnico que permita establecer unas normas de regulación global y un sistema de supervisión igualmente global basado en ellas y en un acuerdo institucional estable con presencia de los reguladores nacionales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco de Pagos Internacionales de Basilea. No creo que la autorregulación de los mercados sea la solución, ni creo que lo sea un marco regulatorio fragmentado, incluso mejorado.

El futuro de los organismos económicos internacionales y del Fondo Monetario Internacional

Mi última reflexión se va a centrar en la crisis y en el futuro de los organismos económicos internacionales, con una especial referencia al Fondo Monetario Internacional. Mi vida profesional ha estado, como han podido comprobar, muy ligada a ellos. He enseñado y escrito sobre estos organismos y he trabajado en varios de ellos. Y quiero dedicarles mis palabras finales no solo por esta implicación personal, sino también porque estoy seguro de que comparten conmigo la preocupación por la crisis que atraviesan, y particularmente el Fondo Monetario Internacional.

La importancia de este entramado de instituciones no se puede minimizar. La Segunda Guerra Mundial y los graves desajustes que la precedieron llevaron a los aliados a cambiar radicalmente el funcionamiento de la economía internacional. El objetivo era superar los nacionalismos enfrentados que habían desembocado en la conflagración. Una escuela de pensamiento, los llamados realistas, preconizó la institucionalización de la cooperación entre los Estados a través del mecanismo de los organismos internacionales, cuya función tenía que ser la de

14. Muns, Joaquín. «Los derechos especiales de giro y la futura liquidez internacional», *Revista Española de Economía*, volumen 1/1973. 15. Muns, Joaquín. «La cuenta de sustitución y el uso del oro restante en poder del Fondo Monetario Internacional», *Boletín del CEMLA*, julio-agosto de 1980.

servir de foros permanentes para el ejercicio de la diplomacia, con el objetivo de encajar, de acuerdo con unas reglas pactadas, los intereses contrapuestos de los Estados en los diversos ámbitos de su actuación. Inis L. Claude, en su obra *Swords into Plowshares*¹⁶ (*De las espadas a los arados*), sintetiza mejor que nadie el pensamiento realista. Otra escuela más ambiciosa, los llamados idealistas o funcionalistas, buscó ir más allá mediante esquemas de integración que condujeran a elevadas dosis de supranacionalidad. David Mitrany, un exiliado rumano que enseñó en la London School of Economics, es el representante más característico de este enfoque, y su libro de 1943 *A Working Peace System*¹⁷ (*Un sistema para la paz permanente*) influyó fuertemente en los padres de la integración europea. Las tres Comunidades Europeas iniciales (CECA, CEE y EURATOM) y su evolución posterior hacia niveles mayores de integración son en realidad tributarias de esta ideología supranacionalista. En cambio, la visión realista es la que se halla detrás de la creación de los organismos económicos internacionales de la posguerra, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En este nuevo orden institucionalizado creado a partir de 1945, hay dos ideas motor: un procedimiento pacífico para dirimir las diferencias entre Estados y un sistema para focalizar los problemas mediante la especialización de cada organismo en uno o varios de ellos¹⁸.

Creo que hay bastante unanimidad en considerar que este enfoque institucionalizado ha funcionado razonablemente bien y que ha sido un factor decisivo en la reconstrucción de la posguerra y en la posterior expansión de la economía mundial. Pero la aparición de nuevos problemas como la pobreza endémica en amplias zonas del mundo, el medio ambiente, las materias primas, las migraciones masivas y la energía, por citar solo unos cuantos, han llevado a algunos a cuestionar la utilidad de las organizaciones existentes en el nuevo mundo del siglo XXI, e incluso los más radicales, a abogar por su desaparición.

Es evidente que no se dan las circunstancias políticas para crear grandes organismos internacionales como los del pasado, pero creo que es esencial, por lo menos, conservar los que ya tenemos, porque, aunque los problemas con los que se enfrentan han evolucionado, la cooperación institucionalizada no ha sido superada como método para resolver tanto los viejos como los nuevos problemas.

Este es el caso del Fondo Monetario Internacional. Aspectos básicos de sus planteamientos iniciales han cambiado sustancialmente. Así, los tipos de cambio son ahora flotantes; los movimientos de capital se han liberalizado en prácticamente todo el mundo; la distinción entre sistema monetario internacional, que era el campo propio del Fondo, y sistema financiero internacional ha prácticamente desaparecido; la globalización de los mercados financieros se ha superpuesto y en muchos casos ha eliminado la tradicional relación bilateral entre el Fondo y sus países miembros; y estos mismos mercados han convertido en redundantes para la mayoría de países los recursos que la institución ponía a su disposición en caso de dificultades de balanza de pagos. Estas nuevas circunstancias han generado, a su vez, serios problemas de inestabilidad y desequilibrios del sistema financiero global y crisis sistémicas de este, que tienden a ser cada vez más graves. Pero no cabe duda de que el Fondo tiene el mandato, la experiencia y la capacidad de análisis y supervisión para hacer frente a los problemas del sistema financiero internacional del siglo XXI. El problema no es tanto el de la inadecuación de la institución a los retos de hoy, que requiere evidentemente un proceso de adaptación, sobre el que se ha tomado la decisión de trabajar, sobre todo como consecuencia de la actual crisis financiera internacional, sino que el problema reside en la falta de voluntad política de los paí-

16. Nueva York, Random House, 1964. 17. Nueva York, Quadrangle, 1966. 18. Muns, Joaquín. «Enfoques doctrinales y núcleos de atención investigadora en la organización internacional», en Manuel Varela, coordinador, *Organización Económica Internacional. Problemas actuales de la economía mundial* (Madrid, Pirámide, 1991).

ses miembros para continuar confiando al Fondo Monetario Internacional y a los demás organismos internacionales la responsabilidad que les sigue correspondiendo en un mundo que, si en algo ha cambiado, es precisamente en la necesidad de una cooperación internacional renovada y reforzada. Y es esta cooperación internacional la que está en crisis, en una profunda crisis, que tiene sus raíces en la falta de voluntad política para seguir apoyando el modelo institucional de la posguerra. Reavivar el espíritu de la cooperación internacional y del multilateralismo es hoy el gran reto de nuestras sociedades y, en particular, de todos aquellos que han luchado y siguen luchando en la arena internacional por un mundo mejor.

Muchas gracias.